

## Prólogo

Cuando Tim Wilkinson escuchó el ensordecedor ruido de una puerta luchando por abrirse a su espalda, supo que había llegado su fin.

Las últimas horas habían sido aterradoras. Wilkinson no sabía dónde se encontraba ni qué había ocurrido con exactitud. Experimentaba un fuerte dolor de cabeza y lo único que se cernía a su alrededor era una absoluta oscuridad.

Supo entonces que había cometido un grave error. Una oleada de pánico le invadió, sabía que nada podía hacer para cambiar su destino.

Unas apresuradas pisadas se escucharon a su espalda. Fue entonces cuando se hizo la luz, tan cegadora como dolorosa, reveladora de lo que estaba a punto de ocurrir.

Wilkinson no pudo ver nada. Sus ojos se negaban ahora a abrirse tras tantas horas en la oscuridad. En aquel momento sintió un extraño alivio al no poder ver lo que parecía ser su final.

Segundos después, una temible sensación le invadió. Una lámina metálica le recorría el cuello con inquietante suavidad. Sintió cómo unas manos a su espalda le obligaban a arrodillarse. Sin duda no volvería a ver la luz del Sol. Sólo esperaba que nadie más tuviera que sufrir lo mismo que él.

Cuando sus rodillas se toparon con la fría tierra de aquel inhóspito lugar, Wilkinson tuvo el tiempo suficiente para pensar en la serie de acontecimientos que se habían desarrollado en las últimas semanas. Deseó poder volver atrás. Sin duda era un deseo difícil de cumplir.

En sus últimos segundos de vida, una fuerte voz anunció que había llegado el momento. Acto seguido Wilkinson pudo escuchar el temible sonido de un sable deslizándose a toda velocidad cortando el aire. Fue lo último que percibió. Entonces, dejó de sentir.

Décimas de segundo después, su cabeza yacía en el arenoso suelo, desgarrada de su cuerpo con una violencia aterradoramente. Cuando el cuerpo sin vida de Tim se desplomó sobre el ahora ensangrentado terreno, la puerta de aquella lúgubre estancia se cerró para quizá no volver a abrirse jamás.

## 1. Llamada inesperada

- ¡Ya era hora! – Fue lo primero que Sara escuchó al entrar en aquella habitación.

Sara Parker había recibido una llamada telefónica a primera hora de la mañana.

- ¿Señorita Parker? – una voz rígida sonó al otro lado del teléfono.

- Una llamada a las 7 de la mañana suele significar malas noticias – pensó Sara. Unos segundos después, contestó. – Sí, soy Parker.

- Le hablo desde el Hospital Monte Sinai. El señor John McCallister ha solicitado que nos pongamos en contacto con usted.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sara.

- ¿Ha...ocurrido algo? – acertó a decir. Era evidente que la pregunta tenía una única respuesta posible.

- El señor McCallister ha sufrido un accidente de coche hace unas horas. Nos ha pedido que la localicemos y se lo hagamos saber.

John McCallister era un trotamundos. No disponía de familia en Nueva York. A decir verdad, Sara era lo más parecido a un familiar que tenía allí.

- Pero... – titubeó. - ¿Cómo se encuentra?

El hecho de que hubiera sido el propio John el que solicitase al hospital que se pusiera en contacto con ella indicaba que se encontraba consciente. Sara deseaba que el accidente no fuera grave.

- Se están realizando algunas pruebas. – continuó el empleado del hospital. – Afortunadamente, se encuentra estable. Si lo desea, puede visitarlo. El señor McCallister se encuentra en la habitación 208, en la segunda planta.

Cuando Sara entró en la habitación, vio a John recostado en la cama. Una sábana le cubría medio cuerpo. Tenía algunas magulladuras y un brazo vendado. Sin embargo, su cara esgrimía una sonrisa.

- John, ¿qué ha pasado?

Su expresión era tranquila. Su cara revelaba la alegría que siempre le producía ver a Sara. Era una de las personas que más apreciaba. Confiaba en ella, y ella en él. Aunque tenían trabajos y personalidades muy diferentes, se complementaban a la perfección.

- Estoy mayor – bromeó John. – Los reflejos empiezan a faltarme.

- Por el amor de Dios, John. ¿Ni después de un accidente puedes ser serio?

Sara sabía que no. Él era una de las personas más optimistas que conocía. Nunca hablaba de problemas, para él casi todo era un motivo de alegría. Siempre encontraba algo positivo en cualquier situación adversa. Era algo que Sara admiraba.

- Supongo que he tenido suerte. Podría haber sido mucho peor.

Sara guardó silencio. Unos segundos después, John prosiguió.

- Ya sabes que me gusta cambiar de coche cada poco tiempo. – la sonrisa no abandonaba su cara. – Ahora incluso tengo motivos. ¿Qué clase de coche no te hace caso cuando ordenas que frene en plena cuesta abajo?

- ¿Los frenos han fallado? – interrumpió Sara. – Pero, ¿no acababas de cambiar de coche?

John había adquirido un flamante Corvette hacía unos meses. Sin embargo, hablar de meses en la vida de John era lo mismo que hacerlo de varios años para el resto de mortales. Adoraba los cambios. Había trabajado en las ciudades más importantes de Estados Unidos y Canadá, y en diversos países de Europa, Asia y Sudamérica. Disponía, por tanto, de una amplia experiencia que le hacía ser uno de los periodistas más cotizados del momento.

- He oído un chasquido mientras bajaba una calle bastante empinada. – su cara revelaba ahora seriedad. – No sabía qué era hasta que llegué al final y pisé el freno. Se puede decir que he tenido suerte, he conseguido saltar del coche antes de que chocara contra un muro.

Sara no daba crédito a lo que estaba oyendo. La imagen que John estaba describiendo era más propia de las películas de acción que tanto detestaba que de la vida real.

- ¿Has tenido que saltar? ¿Qué te has hecho?

- La verdad es que poco. – John se señaló el brazo vendado. – Tengo una fisura en el brazo y unas cuantas heridas. Les he dicho que me lo venden para ir a la moda. – la sonrisa volvió a aparecer.

Sara esgrimió igualmente otra de complicidad.

- ¿Dónde está el coche? – preguntó Sara.

- La última vez que lo vi... empotrado en un muro de hormigón. – John lanzó un suspiro. – Pero no te preocupes, me había cansado del color amarillo.

Las palabras de John tranquilizaban a Sara. Evidentemente las consecuencias del accidente podrían haber sido desastrosas. John tenía motivos para estar feliz.

De repente, tres agudos pitidos resonaron en el interior del bolso de Sara. No le hacía falta leer el mensaje que acababa de recibir. Una sucesión de tres pitidos significaba que debía dejar lo que estuviera haciendo en ese momento y dirigirse al trabajo. No era algo que ocurriera con frecuencia. Sin embargo, siempre que recibía la señal, se trataba de algo de extraordinaria importancia.

- John, debo dejarte. Ya sabes.

John asintió. Para él, el trabajo era lo primero. Esa teoría le había funcionado siempre.

- Me alegro mucho de que te encuentres bien – continuó Sara. - ¿Cuándo te dan el alta?

- Si todo va bien, hoy mismo. Estoy pendiente de unas pruebas. Espero que los resultados sean satisfactorios y esta misma tarde pueda dar la lata en el periódico.

- Eso espero. – sonrió Sara. – Más tarde te llamo y me cuentas.

Sara se despidió con un beso en la mejilla y avanzó con paso firme por el pasillo del hospital camino del trabajo. Algo importante había ocurrido o estaba a punto de hacerlo.